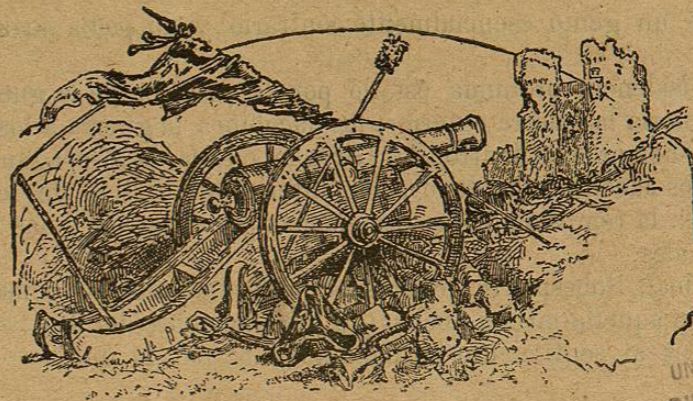


rey, colocándose justamente en contra del pueblo, uno ú otro había de ser destrozado.

Y sobre esta tormenta baja, pesada y sombría de la lucha interior, flota la tormenta luminosa, grandiosa de la guerra europea que se prepara al propio tiempo. De momento en momento se oyen sus truenos con relámpagos sublimes.

El 18 de Diciembre estalla en los Jacobinos de una manera original, fantástica y salvaje, á la cual no estaba acostumbrada aquella sociedad política, más disciplinada de lo que generalmente se cree. Presidía en aquella ocasión el profeta de la guerra, el violento predicador de la cruzada europea; ya se comprende que hablo de Isnard. Acababa de ocurrir una escena infinitamente conmovedora que con toda extensión he referido más arriba: en presencia de un diputado de las sociedades inglesas se habían entronizado en la sala los pabellones de las naciones libres, francesa, inglesa y americana. El diputado, acogido como solo en Francia se sabe hacer, y rodeado de mujeres jóvenes y hermosas que aportaban como presente para sus hermanos los ingleses el producto de su trabajo, acababa de responder con el embarazo propio de una viva emoción. Virchaux, aquel suizo de Neuchâtel que en Julio escribió en el Campo de Marte la petición de la república, presentó otro regalo. Era una espada de Damasco que ofrecía para el primer general francés que derrotase á los enemigos de la libertad. Aquella espada, dada por la Suiza todavía esclava y suplicante, á la Revolución francesa que había de libertarla, era un símbolo conmovedor. Cuarenta suizos del cantón de Vaud, los pobres soldados del regimiento de Chateaufieux se hallaban en las galeras de Francia como imagen viva del mundo encadenado que tenía puesta en nosotros su esperanza.

Isnard fué acometido de un transporte extraordinario. Besó aquella espada, y blandiéndola cuan alto pudo, habló mejor que Ezequiel: «Miradla!... esta espada será victoriosa. Francia dará una gran voz y todos los pueblos responderán. La tierra se cubrirá de combatientes, y los enemigos de la libertad serán borrados de la lista de los hombres.»



## CAPITULO II

### Sigue la cuestión de la guerra.—Madama Stael y Narbonne en el poder (Diciembre del 91, Mayo del 92)

Oposición entre madama Roland y Robespierre.—El quiere la guerra el 28 de Noviembre, pero después está por la paz.—Madama de Stael hace á Mr. de Narbonne ministro de la guerra, 7 de Diciembre.—Diversos criterios de la corte de los Fuldenses y de los Girondinos.—La corte temía la guerra.—Robespierre supone que la corte quiere la guerra y que conspira con los Fuldenses y la Gironda.—Los girondinos no pueden responder con claridad á Robespierre.—Doble de su conducta.—Impotencia de Narbonne, Enero del 91.—Vaguedad é ineficacia de los medios que propone Robespierre.—Europa pretende aplazar la guerra, la Gironda la decide.—Louvet contra Robespierre.—Desmoulins contra Brissot.—Desconfianza é inercia de los Jacobinos.—La corte y los sacerdotes organizan la guerra interior.—La Gironda confía las armas al pueblo.—Picas y gorros colorados, Enero-Febrero del 92.—La Gironda ataca á la corte por medio de la acusación de los ministros, 18 de Marzo del 92.—La corte acepta el ministerio girondino.

En el momento en que Isnard blandía la espada de la guerra, en que toda la sala, deslumbrada por el brillo del acero, casi se venía abajo aplaudiendo, Robespierre subió con aire sombrío á la tribuna, y dijo fría y lentamente: «Suplico á la asamblea que suprima esos movimientos de elocuencia material: pueden arrastrar á la opinión, que en este momento necesita ser dirigida por el ejemplo de una discusión tranquila.»

Descendió de la tribuna, y una atmósfera densa se cernió sobre la Asamblea. Couthón, el paralítico, levantándose de su asiento, pidió que se pasase á la orden del día. La sociedad era tan dócil, tan perfectamente disciplinada, que, con gran extrañeza de la Gironda, votó la orden del día.

Este último partido era el que, durante tres meses, había casi siempre, por Brissot, Fauchet, Condorcet, Isnard y Grangeneuve, presidido á los Jacobinos. Su calor y su entusiasmo habían, en cierto modo, entusiasmado á la sociedad. En realidad, era exterior y extraño



á ella, de un genio esencialmente contrario y no podía arraigar en su seno.

La disidencia profunda estalló por la cuestión de la guerra. La Gironda quería la guerra exterior; los Jacobinos la guerra á los traidores, á los enemigos de dentro. La Gironda quería la propaganda y la cruzada; los Jacobinos la depuración interior; el castigo de los malos ciudadanos, la represión de las resistencias por el terror y las medidas inquisitoriales.

Su ideal, Robespierre, expresaba perfectamente su pensamiento cuando dijo aquella misma noche (18 de Diciembre del 91): «La desconfianza es al sentimiento íntimo de la libertad lo que los celos al amor.»

Desde hace algún tiempo hemos perdido de vista á ese sombrío personaje. Miembro de la Constituyente, se hallaba por esto mismo excluído de la Legislativa. Acababa de pasar dos meses en Arras. Fué aquel corto viaje, el único momento de reposo que tuvo antes de morir y lo hizo con el propósito de vender la casa solariega de su familia. Quería, antes de las grandes luchas que preveía, recoger su existencia, concentrarla toda en *su casa*; en su casa, es decir en París, calle de Saint-Honore, en los Jacobinos, en el seno de la sociedad que hemos visto, en Septiembre, reorganizada por él, y que, en Diciembre, dominaba todavía á despecho de la Gironda.

Aquel viaje había sido un triunfo. Saliendo de la Asamblea constituyente casi en brazos del pueblo, Robespierre vió como de ciudad en ciudad salían á felicitarle las sociedades patrióticas. El papel que había desempeñado en la Asamblea, aquella actitud de defensor único del principio abstracto de la democracia, le habían colocado á gran altura. Aparecía ya, á los ojos de los más perspicaces, como el primer hombre, el centro y el jefe probable de las asociaciones jacobinas que cubrían la Francia. Madama Roland lo había creído así, y desde su retiro, á donde había vuelto, le había escrito (13 de Septiembre) una carta muy digna, pero lisonjera y bien meditada. A nuestro juicio, no correspondió aquél á estas esperanzas. Del girondino al jacobino, había diferencias, no fortuitas, sino naturales, innatas, diferencias de especie, odio instintivo como el del lobo al perro. Madama Roland, particularmente, por sus cualidades brillantes y viriles, asustaba á Robespierre. Los dos poseían lo que al parecer debería unir á los hombres, y sin embargo, crea entre ellos las más vivas antipatías: *el tener un mismo defecto*. Bajo el heroísmo de ella y bajo la admirable perseverancia de él, existía un común defecto, apresurémonos á decirlo: una ridiculez. Los dos escribían siempre; *habían nacido escribas*. Preocupados, según luego se verá, del estilo más que de los asuntos, escribieron de día, de noche, vivos y al morir; en las crisis más terribles y bajo la guillotina, la pluma y el estilo fueron su constante preocupación. Verdaderos hijos del siglo dieciocho, del siglo eminentemente literario y *belletriste*, como dicen

los alemanes, conservaron aquel carácter de las tragedias de otra edad. Madama Roland, con tranquilidad notable, escribe, cuida y retoca sus admirables retratos, mientras los vendedores de diarios voceaban debajo de sus ventanas: «la muerte de la mujer Roland.» Robespierre, la víspera del 9 Thermidor, entre la idea del asesinato y la del cadalso, redondea sus períodos, menos preocupado, al parecer, de vivir, que de su fama de buen escritor.

Como políticos y literatos, se estimaban poco desde aquella época. Robespierre, por otra parte, tenía una idea demasiado justa, una concepción demasiado perfecta de la unidad de vida necesaria á los grandes trabajadores, para acercarse fácilmente á aquella mujer, á aquella reina. Cerca de madama Roland, ¿qué hubiera sido la vida de un amigo? ó la obediencia ó el tormento. Le convenía más la humilde casa de los Duplay. Allí era el rey, mejor aún el Dios, el objeto de una devoción apasionada. Sin embargo, al regresar de Arras no pudo volver allí todavía; le acompañaba su hermana, la altiva señorita Carlota de Robespierre, que no estaba dispuesta á ceder á nadie á su hermano. Fué preciso que se estableciese con ella en la calle de Saint-Florentin, con gran disgusto de la señora Duplay, que desde entonces declaró la guerra á la hermana, esperando impacientemente el momento de reconquistar á Robespierre, y rondando en torno suyo como una leona á la que le han robado sus cachorros.

Robespierre, que acababa de atravesar todas las campañas inflamadas de ardor bélico, la Picardía conmovida y ardiendo en deseos de combatir, se mostró al principio de su llegada (el 28 de Noviembre) más guerrero que nadie. Había prescindido de su plan de conducta, de su afectado respeto á la Constitución, para apresurar las medidas decisivas. Quería que la Asamblea, *en vez de dirigirse al rey* para que éste hablase al emperador, intimase á Leopoldo que dispersase á los emigrados ó sino *que le declarara la guerra*, en nombre de la nación, de las naciones enemigas de los tiranos: «Tracemos alrededor del emperador el círculo que Popilio trazaba alrededor de *Mithridates* (quería decir Antíoco), etc., etc.»

Pronto tuvo, sin embargo, que arrepentirse de su precipitación. Graves consideraciones le obligaron bruscamente á ser partidario de la paz.

1.<sup>a</sup> Durante su ausencia, los Girondinos, sus rivales, se habían apoderado de la idea popular de la guerra, colocándose como á la proa de aquel gran bajel de la Francia, en el momento en que una impulsión enormemente poderosa que llevaba en su interior iba á lanzarle sobre Europa. Estos hombres ligeros, ligeros la mayor parte, como los Brisot y los Fauchet, disputadores como Guadet, ciegos é iracundos como Isnard, todos poco capaces para dirigir la maniobra, sentados en la proa y no en el timón, hacían sin embargo el papel de pilotos, reivindicando para ellos todo lo que iba á ser obra de la fatalidad. Si Robespierre se hubiera decidido por la guerra, hubiera equivalido esto á seguir sus hue-



llas y confirmar la ilusión pública que les atribuía todo el honor de la iniciativa.

2.<sup>a</sup> El 5 de Diciembre, con gran extrañeza de todo el mundo, recibió la corte de manos de los Fuldenses, á los que odiaba y despreciaba mucho más que á los Jacobinos, un ministro de la Guerra. Los Fuldenses, maltratados por la corte, por la que tanto habían trabajado, y Lafayette rechazado por ella en las elecciones municipales, se habían coaligado para imponer como ministro á Mr. de Narbonne, amante de madama Stael. Esta, desde la partida de Monnier y de Sally, representaba por su talento al partido inglés semi-aristócrata, el que quería las dos cámaras. Robespierre, con su imaginación prodigiosamente desconfiada, y crédulo en fuerza de odio, se apresuró á creer que sus rivales los girondinos estaban de acuerdo con el partido fuldese é inglés. Uno y otro partido querían la guerra, es cierto, pero con esta diferencia: los Fuldenses para realzar el trono, la Gironda para derrocarlo.

3.<sup>a</sup> El tercer punto, que puede parecer hipotético y conjetural, pero que para nosotros no ofrece duda, es que las sociedades jacobinas de las provincias, compuestas en gran parte de compradores de bienes nacionales é influenciadas por ellos, no querían la guerra. Robespierre, al combatirla, fué su órgano fiel.

Distingamos entre los compradores. El aldeano que compraba una parcela pequeña con sus ahorros, con un dote recientemente recibido, ó como hemos dicho ya, con los primeros frutos de la finca, no estaba comprometido; no necesitaba recurrir al crédito, no temía la retirada de los capitales y no le asustaba la guerra.

Pero el comprador en grande, el especulador de las ciudades, no compraba generalmente más que valiéndose de algún préstamo. La proposición de la guerra sonaba mal en sus oídos; le sorprendía en una operación delicada, en que á pesar de las prórrogas y el bajo precio, podía encontrar su ruina, si la banca le cerraba de pronto sus cajas. No hay que preguntar si este hombre comprometido se echaba en brazos de los Jacobinos; alborotaba la sociedad de su pueblo con gritos, quejas, recriminaciones y acusaciones de todo género para dificultar el movimiento. No se limitaba á gritar; escribía, hacía votar y escribir: ¿á quién? á la Sociedad madre, á los Jacobinos de París, al puro, al honrado, al intachable Robespierre. Le rogaban, le encargaban que detuviese el funesto impulso que en los azares de una guerra, podía poner la Francia en manos de los traidores, entregar sus ejércitos, abrir sus fronteras, aniquilar su Revolución.

Robespierre, desinteresado (aunque no de odio y de orgullo), defendió sus intereses.

Partidario primero de la guerra pareció sentir que era el movimiento natural y espontáneo de la Revolución. Luego, bajo otra influencia, llegó á persuadirse de que aquella gran cosa era el resultado de una intriga.

He aquí, en realidad, la parte cierta que tenía la intriga en ello.

Madama de Stael, hija de Necker, nacida en aquella casa de sentimentalismo, de retórica, de énfasis, tenía grandes necesidades de corazón, en proporción á su talento. Buscaba de uno en otro amor, entre los hombres de la época, á quien dar su corazón; hubiera preferido un héroe, pero no encontrándolo y contando con el aliento poderoso y ardiente que había en ella, intentó crear uno.

Encontró un lindo joven calavera, valiente, ingenioso, Mr. de Narbonne. Que tuviera poca ó mucha ropa le importaba poco creía que tendría suficiente estando forrado con su corazón. Le amaba sobre todo por las cualidades heroicas con que quería adornarle. Le amaba, hay que decirlo también (porque era una mujer), por su audacia y su fatuidad. Estaba muy mal con la corte y con muchos salones. Era verdaderamente un gran señor, elegante y de buena presencia, pero mal mirado por los suyos y de una reputación equívoca. Lo que excitaba mucho á las mujeres es lo que se decía en voz baja de que era el fruto de un incesto de Luis XV con su hija.

La cosa no era inverosímil. Cuando el partido jesuíta hizo desterrar á Voltaire y á los ministros volterianos (los d' Argenson y Machault, que hablaban demasiado de los bienes del clero) fué preciso buscar un medio para anular á la Pompadour, protectora de aquellos innovadores. Una hija del rey, viva y ardiente, polaca como su madre, se sacrificó, como nueva Judit, por aquella empresa heroica, santificada por su fin. Era extraordinariamente violenta y apasionada loca por la música, que la enseñaba el poco escrupuloso Beaumarchais. Se apoderó de su padre y le gobernó durante algún tiempo, á despecho de la Pompadour. De aquí resultó, según la tradición, aquel hombre interesante, espiritual, un poco desvergonzado, que poseyó desde su nacimiento una agradable perfidia para engañar á las mujeres.

Madama Stael tenía una cualidad muy cruel para mujer; no era hermosa. Tenía las facciones bastas, sobre todo la nariz. Su talle era demasiado grueso, y el cutis poco agradable. Sus ademanes eran más enérgicos que graciosos; de pie, con las manos á la espalda, delante de una chimenea, dominaba un salón con su actitud viril, con su palabra potente, que hacía gran contraste con el tono de su sexo, y hacía dudar á veces que fuese una mujer. No tenía más que veinticinco años, hermosos brazos, un cuello incitante á lo Juno, magníficos cabellos negros que, al caer en gruesos bucles, daban gran realce á su busto y hacían relativamente más delicadas sus facciones, menos hombrunas. Pero lo mejor que tenía, lo que hacía que se olvidasen sus defectos, eran sus ojos, ojos negros brillantes, reflejando el genio, la bondad y todas las pasiones. Su mirada era un mundo. Se leía en ella que era buena y generosa entre todas. No había nadie por enemigo suyo que fuera, que después de oirla un momento no dijese, aun á pesar suyo: «¡Oh qué buena, qué noble, qué excelente mujer!»



Sin embargo, borremos la palabra genio; reservemos esta palabra sagrada. Madama de Stael tenía en realidad un grande é inmenso talento, cuyo origen estaba en su corazón. La profunda sencillez y la grande inventiva, esos dos rasgos característicos del genio, no se encuentran jamás en ella. Desde su nacimiento tuvo un desacuerdo primitivo de elementos que no llegaban hasta lo barroco, como en Necker su padre, pero que neutralizó una buena parte de sus fuerzas, la impidió que se elevase y la retuvo en el énfasis. Los Necker eran alemanes establecidos en Suiza, burgueses enriquecidos. Alemana, suiza y burguesa, madama de Stael tenía algo, no pesado, pero fuerte, espeso, poco delicado. De ella á Juan Jacobo, su maestro, hay la diferencia que del hierro al acero.

Precisamente porque continuaba siendo burguesa á pesar de su talento, de su fortuna y de su noble acompañamiento, madama de Stael tenía la debilidad de preferir á los grandes señores. No dejaba en completa libertad á su bueno y excelente corazón, que la hubiera inclinado completamente al lado del pueblo. Sus juicios, sus opiniones se resentían de esto; admiraba entre todos al pueblo que creía eminentemente aristocrático, á Inglaterra, reverenciando la nobleza inglesa, ignorando que es muy reciente, conociendo mal su historia, de la que hablaba sin cesar, sin sospechar remotamente el mecanismo por el cual Inglaterra, tomando siempre del fondo, renueva constantemente su nobleza. Ningún pueblo sabe hacer mejor lo antiguo.

Se necesitaba nada menos que el gran soñador, el gran fascinador del mundo, el amor, para hacer creer á aquella mujer apasionada que el joven oficial, el calavera casquivano, aquella criatura brillante y ligera, podía ponerse á la cabeza de tan gran movimiento. ¡La gigantesca espada de la Revolución hubiera pasado como prenda de amor de una mujer á un joven fatuo! Esto era ya bastante ridículo. Pero lo que era aun peor es que tan atrevida empresa quería intentarla dentro de los límites de una política bastarda, de una libertad casi inglesa, valiéndose de una asociación con los Fuldenses, partido ya gastado y con Lafayette, casi tan gastado. De modo que la locura ni aun tenía lo que á veces hace posible su triunfo, el atrevimiento loco.

Un hombre de talento, cuya prudencia y previsión se ha exagerado ridículamente en nuestros días, Talleyrand, se había comprometido también irreflexivamente en aquella tontería. Sin pensarlo consintió en ir á Inglaterra comisionado por la coalición. Casi no le hicieron caso; en todas partes le volvieron la espalda.

¿Quién no veía venir detrás de aquel partido mixto é impotente á la ardiente Gironda? Esta no había tenido que tomarse el trabajo de soñar, de inventar la guerra. Era ella la hija de la guerra, la guerra es quien la había nombrado. Llegaba hirviente, sola, la ola belicosa del gran océano de la Revolución, impaciente por desbordarse. Madama de Stael tenía talento y genio intrigante, un salón europeo y sorbe to-

do inglés, los restos de la Constituyente y al difunto Lafayette. La Gironda tenía el empuje, el impulso inmenso de seiscientos mil voluntarios dispuestos á ponerse en marcha; tenía sus máquinas populares con que combatía á la vez á los Fuldenses y á los Jacobinos; me refiero á la fabricación de picas y de gorros colorados que había inventado en Diciembre.

La Gironda dejaba hacer á los Fuldenses, á Madama de Stael y á Narbonne; les favoreció con sus votos, y le parecía muy bien que trabajasen por ella. Aquella espada, una vez desenvainada, ¿quién había de manejarla sino la Gironda? Pensaba hacer de ella un doble uso, contra el rey y contra los reyes; de un tajo derribar el trono, y con la punta herir en la garganta al enemigo exterior, que á su espalda, en aquel momento, veía á los pueblos sublevados.

La corte tenía un miedo horrible á la guerra, lo sabemos de una manera cierta. Y aun cuando no lo supiéramos, sería fácil conjeturarlo sin gran esfuerzo, al ver la creciente desorganización en que dejaba al ejército, no tan solo al personal que estaba indisciplinado, sino el mismo material, para el que la Asamblea votaba siempre recursos en vano. Se ha visto como bajo la influencia de la corte, redujo la Constituyente sus trescientos mil voluntarios á menos de cien mil, de los cuales, según declaración del ministro, no podían armarse más que cuarenta y cinco mil, que tampoco fueron armados.

Estos hechos eran conocidos, palpables. Y sin embargo, un testigo muy observador, Robespierre, parece que no los había visto; como tampoco los vieron la prensa y los clubs, que le imitaban en su ceguera. Todos, siguiendo sus huellas, se lanzaron á su capricho al campo de las conjeturas, de las vagas acusaciones, sin dignarse prestar su atención á los hechos que saltaban á la vista.

Robespierre partía de un principio excelente y juicioso; pero su imaginación sombría y sistemática en las deducciones del odio, sacaba de ellas un vasto conjunto de conjeturas erróneas.

El punto de partida muy cierto, es que Narbonne y su musa, los Fuldenses, etc., no podían inspirar confianza, ni como carácter ni como partido, y que era muy aventurado encomendar á tales manos la guerra de la libertad.

Robespierre no sabía más. Hé aquí lo que añadía por conjeturas:

«Es muy verosímil que hay un acuerdo profundo, un complot bien combinado entre la corte por un lado y los Fuldenses, Stael, Narbonne y Lafayette por otro. Quieren comprometer los ejércitos de Francia, conducirlos mal organizados ante los cien mil soldados veteranos alemanes que rondan nuestras fronteras, simular alguna operación, dejarse vencer, ó gracias á alguna pequeña victoria convenida, presentarse como salvadores y venir á imponernos su constitución inglesa, aristocrática, etcétera, etc.»—Esto era especioso, y sin embargo, era falso en cuanto al acuerdo con la corte; Narbonne le era impuesto. Odiaba á los Ful-